

# Metáforas y espacios del erotismo.

## Nota de los editores

Lo erótico ocupa un lugar fundamental en la Historia de la humanidad, ya que los dardos de Eros golpean desde siempre a los hombres que, a su vez, generan espacios de desarrollo del erotismo y todo un abanico de metáforas y metonimias que inciden en la creación literaria, artística, musical y, últimamente, incluso en la arquitectónica, la gastronómica y la política.

En principio, nos referimos al erotismo entendido como todo aquello que hace referencia al placer que siente el cuerpo humano –propio o ajeno–, tanto en la actividad amorosa como en los diversos grados de tensión erótica que se pueden experimentar a través de los sentidos, con especial atención a los sentidos secundarios, como son el tacto, el olfato y el gusto, sin descartar, por supuesto, el primer elemento semántico que identifica lo erótico con el amor sensual y sexual.

En este volumen, nos ha interesado analizar el despliegue de los múltiples elementos semánticos que abarcan el concepto de lo erótico, en el que pueden destacarse dos aspectos principales: el «erotismo directo», relacionado con el hombre y la mujer en su desnudez, cara a cara con otro hombre u otra mujer, o cada uno en soledad; así como el que podríamos denominar «erotismo secundario», resultado de las impresiones que recibe el lector o el espectador de textos u obras que reflejan las relaciones directas de tipo amoroso o sexual. Por lo tanto, destacamos desde un principio dos grados de erotismo: el erotismo directo o primario, que es descripción del desarrollo de los contenidos de lo erótico; y el erotismo secundario, que se refiere al placer que produce la contemplación, lectura o audición de obras literarias, musicales, cinematográficas, plásticas o arquitectónicas de contenido claramente erótico.

Un tercer grado –aparentemente moderno pero, de hecho, muy antiguo– podría ser el que representa lo erótico derivado de determinadas actividades que, en principio, no tienen nada que ver con el amor carnal, aunque sí con la embriaguez de los sentidos, como son el placer, el éxtasis o la voluptuosidad producidos por la guerra, el poder político, la religión o la comida. Podemos hablar –y se habla de ello desde la época de Alejandro Magno– del placer de la guerra, de la voluptuosidad de la conquista y de la erótica de los cruzados en la toma de Jerusalén, así como de la pasión por la búsqueda del Grial y del éxtasis de los místicos. Vemos pues que lo que, según el *Diccionario de la Real Academia Española*, significa «amor sensual», «carácter de lo que excita el amor sensual» o «exaltación del amor físico en el arte», se extrae al mundo cotidiano y encuentra intérpretes fervientes de lo erótico que pueden ser soldados, monjas, fans de un cantante de rock, o afiliados a un partido político en un mitin de su líder.

Evidentemente, la literatura y las artes han desarrollado numerosas imágenes para representar o evocar todas estas actividades de tipo erótico, desde metáforas

relacionadas con la sensualidad provocada por la belleza y el aroma de una flor, hasta complejas figuras retóricas que describen relaciones amorosas en distintos registros estéticos.

Como colofón, no podemos dejar de lado la relación extrema que se ha creado a lo largo de la Historia de la humanidad y de las artes entre erotismo y muerte. Eros y Tánatos aparecen muchas veces de la mano, o intercambiando sus papeles, y la literatura y las artes han interpretado los espacios de muerte, suicidio y crimen en una lectura de tipo erótico, marcada por el placer y la sensualidad, o incluso por una sexualidad extrema, lo que induce a considerar estos dos elementos opuestos como complementarios en la creación de sensaciones intensas que han sido reflejadas por la literatura, las artes y la música, que recogen y abren caminos hacia la penetración del abrazo amoroso en la muerte.

En la Posmodernidad, muchos de los textos literarios y artísticos vinculan de forma evidente lo erótico –en el sentido académico– con distintos grados de erotismo, dando prioridad al erotismo político, financiero, urbano, etc., y utilizando metáforas corporales para describir actividades que no habían sido contempladas como tales: tocar dinero es tan sensual como acariciar un tejido sedoso; dar un discurso en un mitin político –el erotismo de los líderes políticos se desarrolla tanto en lo corporal como en lo intelectual– está íntimamente relacionado con la erótica del poder; el poder erótico de la música se refleja en los grandes conciertos, que pueden producir en sus espectadores un grado de excitación superior a la amorosa; el fútbol como fenómeno de masas también es objeto de análisis desde el punto de vista del erotismo y la comunión colectiva. Estos ejemplos abren nuevas vías de investigación de lo erótico y su representación en la literatura y en las artes posmodernas, que, en la mayoría de los casos, tienen la ciudad como recipiente de este tipo de manifestaciones del erotismo.

Lo novedoso de este volumen que ahora presentamos es que desarrolla las metáforas de lo erótico en espacios que tradicionalmente no han sido contemplados en este sentido: el espacio urbano, el espacio de la violencia, el espacio de la revolución social y política..., abarcando desde los aspectos más clásicos, relacionados con el desnudo en el arte y, especialmente, con el cuerpo femenino, hasta los más modernos e innovadores.

Este conjunto de estudios analiza espacios y metáforas que desarrollan el erotismo político o el erotismo de la revuelta social, como «Eros en las barricadas», de Ángel Clemente Escobar; el erotismo relacionado con la muerte y la violencia, con ejemplos en la novela criminal, en «*Espera, ponte así: el erotismo y la obra de Andreu Martín*», de Javier Rivero Grandoso; el erotismo y su relación con la música, en «‘Lo inmediato y lo palpable’: música y erotismo en *Concierto barroco*, de Alejo Carpentier», de Rodrigo Guijarro Lasheras; el erotismo más puro, el de la contemplación del desnudo, en el artículo de Miguel Etayo Gordejuela, «Galatea y otros mitos. Desnudos para el París de la modernidad»; la ciudad como espacio para el erotismo, en «El erotismo y la ciudad en la poesía de Luis García Montero», de Diego Alejandro Guillén Boland, o el erotismo de una ciudad llevado hasta el espectáculo, como en el caso de «El tópico de Venecia como ciudad del amor en la literatura y la publicidad», de Rocío Peñalta Catalán; las metáforas que genera el cuer-

po de la mujer como niña, como amante y como madre dentro de una ciudad con elementos poderosamente eróticos, en «El erotismo *Cegador*: infancia, ciudad, madre», de Alba Diz Villanueva; lo erótico de la iconografía de la figura femenina en términos más clásicos, en «Iconografía femenina en la dramaturgia y la narrativa catalanas de entreguerras» de Óscar Fernández Poza y Juan M. Ribera Llopis; el simbolismo erótico en las metáforas relacionadas con el mar, en «El abrazo del mar. Acerca de la metáfora del mar y la simbología del agua en la poesía erótica española e hispanoamericana» de Martin Schatzmann Willvonseder; o las formas más radicales de erotismo y sexualidad en «Rompiendo tabúes sexuales en la literatura rumana contemporánea: el caso de Adrian Schiop en *Zero grade Kelvin*», de Diego Muñoz Carrobles.

En estos trabajos, se han utilizado textos de distintas literaturas (española e hispanoamericana, francesa, catalana, rumana, inglesa, italiana); se han empleado distintas metodologías, desde el más tradicional análisis textual hasta la investigación de tipo semiótico, que supera los límites de la literatura, contemplando su relación con otras disciplinas y espacios.

Los autores de los estudios aquí recogidos son miembros o colaboradores habituales del Grupo de Investigación 930423 «La aventura de viajar y sus escrituras. Los libros de viajes en el mundo románico» (GILAVE), cuyo último Proyecto I+D ha desarrollado el tema «Escrituras y voces de la ciudad. Modelos urbanos y discurso estético moderno y posmoderno» (FFI 2011-29556 UCM). Este volumen es resultado del trabajo del Grupo y de dicho Proyecto.